

PABLO CERVERA BARRANCO (ED.)

Luis M.^a Mendizábal, SJ

Transparencia de un Corazón

© 2020 Pablo Cervera Barranco
© 2020 Grupo Editorial Fonte
P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos
Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62

www.montecarmelo.com
www.grupoeditorialfonte.com
editorial@grupoeditorialfonte.com

Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 978-84-8353-990-3
Depósito Legal: BU-22-2020

Impresión y Encuadernación
Grupo Editorial Fonte - Burgos

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

ÍNDICE

Nota del editor	6
PRÓLOGO de Mons. Demetrio Fernández, Obispo de Córdoba	9
INTRODUCCIÓN	13
UN CHICO COMO TODOS...	
EN LOS PROYECTOS DEL CORAZÓN DE CRISTO	15
1ª Mirada: AMOR A JESUCRISTO	17
2ª Mirada: SENCILLEZ	41
3ª Mirada: BONDAD SIEMPRE Y CON TODOS	61
4ª Mirada: APÓSTOL Y REFLEJO DEL CORAZÓN DE CRISTO	69
5ª Mirada: MANSEDUMBRE Y HUMILDAD	103
6ª Mirada: MAGNANIMIDAD	119
7ª Mirada: CORAZÓN SACERDOTAL Y MEDIADOR	131
8ª Mirada: HOMBRE EUCARÍSTICO Y REPARADOR	149
9ª Mirada: PATERNIDAD ESPIRITUAL	167
10ª Mirada: ALEGRÍA Y CORDIALIDAD	177
11ª Mirada: JESUITA INTEGRAL	189
12ª Mirada: FIDELIDAD AL AGRADO DE DIOS	215
13ª Mirada: OBEDIENCIA	227
14ª Mirada: AMOR A LA VIRGEN. AMIGO DE LOS SANTOS	243
15ª Mirada: OFRENDA DE LA VIDA. SILENCIO DE SÍ	273
CONCLUSIÓN	293
BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA	295
APÉNDICE: HOMILÍA DE MONS. REIG EN LA MISA DE CORPORE INSEPULTO	297

NOTA DEL EDITOR

En la presentación de *Los misterios de la vida de Cristo*, una de las últimas obras que preparé viviendo todavía el P. Mendizábal, escribí: «Al preparar la obra, que previamente recogía el trabajo callado de personas consagradas que no quieren ser mencionadas y cuyos nombres, sin embargo, Dios conoce perfectamente, además de disfrutar con su lectura recordaba haber sido destinatario de muchos de los capítulos que aquí se recogen»¹.

La historia se vuelve a repetir: el grueso del trabajo que tiene el lector en sus manos ha sido realizado por personas que quieren permanecer en el anonimato. Mi tarea ha sido la de leer críticamente el manuscrito, corregir algunas cosas y sugerir otras.

Se ha querido recoger en estas páginas lo que podríamos llamar una biografía espiritual. Conociendo la vida y doctrina espiritual del insigne jesuita hacemos este regalo a los dos años de haber sido llamado por

¹ (BAC, Madrid 2018) p. XIV.

el Padre. Cada capítulo bosqueja una mirada (en la que convergen a veces muchos testigos) que describe un aspecto del alma de este gran apóstol y enamorado del Corazón de Cristo.

La redacción no es hagiográfica (ya habrá tiempo para que la Iglesia Madre se pronuncie al respecto), pero la lectura zambulle al lector en remansos de vida divina del que fue un gran testigo y cauce para muchos de esa Vida.

Creo que debemos alegrarnos y agradecer inmensamente este trabajo, realizado con calma y cariño, porque el lector saldrá edificado y vivificado. El título del libro revela quizá lo que fue la entraña de la vida y persona del P. Mendizábal: al modo de san Juan Bautista con sus discípulos («He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»), lo suyo fue transparentar con palabras, vida y escritos a un Corazón: el de Cristo.

PABLO CERVERA BARRANCO
3 de diciembre de 2019
San Francisco Javier, patrono de la misiones

UN APÓSTOL DEL CORAZÓN DE CRISTO

Conocí al P. Mendizábal cuando yo era curita joven y él acababa de ingresar en la cincuentena, en las Semanas de Teología Espiritual que organizaba la diócesis de Toledo cada año en la primera semana de julio. Él se encargaba cada día de darnos los puntos de meditación después de laudes en la capilla del monasterio vecino de clarisas de Santa Isabel, donde el Santísimo quedaba expuesto durante todo el día. El P. Mendizábal nos hablaba siempre desde el Corazón de Cristo, él vivía y se movía en el Corazón de Cristo, nos abría de par en par y nos explicaba los sentimientos del Corazón de Cristo. Con qué unción, con qué sabiduría, con qué calor nos hablaba de Jesucristo. Me sabían a rosquillas aquellas charlas de las mañanas en la Semana de Teología Espiritual, que después continuaba sus sesiones en las aulas del Seminario Mayor.

El mismo P. Mendizábal se ocupaba también de preparar la velada de la última noche, a la que siempre acudía Don Marcelo, cardenal-arzobispo de Toledo. El que por las mañanas nos había introducido en las honduras del Corazón de Cristo, esa noche nos hacía partiros de risa con sus dichos y presentaciones, con su agudeza y su gran sentido del humor. Era insustituible.

A propósito de aquellas primeras charlas durante varios años, me apunté a una tanda de Ejercicios con él, ofrecida por la diócesis. Era el mismo tono, siguiendo el itinerario de los Ejercicios ignacianos. Luego, otra

vez y otra vez. Y así, en mis bodas de plata sacerdotales (1999), me apunté con mucha ilusión a los Ejercicios de mes en Mota del Marqués (Valladolid). No me defraudó. Fue una experiencia inolvidable, que ha dejado huella profunda en mi vida. El P. Mendizábal nos introducía cada día en el amor de Cristo. Y desde ese corazón pude descubrir y saborear muchos de sus tesoros escondidos. Más tarde él fue destinado a Toledo, y yo fui nombrado párroco de Santo Tomé, en cuyo territorio se encontraba la casa de los PP. Jesuitas, a la que acudía todos los años por la fiesta de año nuevo (Nombre de Jesús) y de san Ignacio. El P. Mendizábal hacía de ministro, continuando con sus bromas y su delicadeza en el servicio. En varias ocasiones acudí a su consejo, siempre sabio y del que me fiaba plenamente. En ese tiempo fui nombrado obispo de Tarazona.

Le considero verdaderamente un excelente padre espiritual, conocedor de los caminos del Espíritu, con grandes dotes de discernimiento, y con sabor a Dios. Un hombre prudente, que inspiraba confianza y te ayudaba a abrirle el corazón. Un hombre delicado en el trato y con una gran capacidad de escucha.

Del conjunto de su vida podría subrayar muchas virtudes, pero me quedo con una: la obediencia. Todas las demás van en racimo. Y la obediencia con todos los matices jesuitas. Una obediencia hasta la muerte, como había profesado en sus primeros votos en la Compañía. Esa obediencia le ha llevado por caminos de éxito, porque tenía muchas cualidades humanas, intelectuales, espirituales. Y le ha llevado por caminos de ocultamiento y humillación, que él ha afrontado con gran hondura espiritual. Sin quejarse nunca, contento con esa sonrisa tan característica suya, que le proporcionaba un rostro siempre amable a quien lo ha tratado. Los últimos años

de su vida han sido como el mejor vino que se ofrece al final, dejándonos a todos un buen sabor de boca.

Me alegraría mucho que la Iglesia lo pusiera en el candelero, como se enciende una lámpara, para que alumbre a todos los de la Casa de Dios. Y si es para gloria de Dios, un día sea glorificado con la gloria de los santos. Al juicio de la Iglesia nos sometemos, como siempre nos ha enseñado él.

El presente libro está destinado a hacer mucho bien, porque nos introduce en el corazón de un hombre de Dios, y lo hacen personas que lo han conocido muy de cerca. Agradezco a todos los que han escrito estas páginas, porque con su aportación nos dibujan un perfil muy completo de la personalidad del P. Mendizábal. Vendrán quizá otras semblanzas o biografías con más documentación histórica. Esta tiene la cualidad de la frescura, de la inmediatez. Cada una de sus páginas está hecha con inmenso cariño y gratitud hacia quien ha sido verdadero padre.

«Acordaos de quienes os han dirigido mediante la enseñanza de la Palabra de Dios, considerando cómo han vivido, imitad su fe» (Heb 13,7). Que el P. Mendizábal siga haciendo el bien, no sólo entre los que lo han tratado, sino en todos aquellos que lo conozcan a través de estas páginas y de otras publicaciones acerca de él.

Córdoba, 27 de diciembre de 2019,
en la fiesta de san Juan evangelista,
el apóstol que reclinó su cabeza en el corazón de Cristo.



Juan Antonio Fernández
Obispo de Córdoba

INTRODUCCIÓN

Nos contaba el P. Mendizábal, con mucha gracia, cómo en una ocasión tuvo que ir a predicar a Écija (Sevilla), «la ciudad de las 7 torres», paseando por allí, el que le acompañaba mostrándole la ciudad, al llegar a una plaza le dijo con su gracia andaluza: «–Padre, “mi’ usté p’ acá” (*mire usted para acá*)». Desde la plaza miran hacia una calle, y al final de ella se veía la torre de una iglesia. «–Pues “¡mi’ usté p’ acá!”». Giran, le indica otra calle y, al final otra torre. «–Pues “mi’ usté p’ acá”». De nuevo miran hacia otro punto distinto: otra calle y, al final... ¡otra torre! «–Y ahora “¡mi’ usté p’ acá!”». Y concluyó: «–¡Como que le llaman la Plaza de “mi’ usté p’ acá”!».

Esta simpática anécdota, que contaba el padre imitando el acento andaluz, nos sirve de marco para presentar este trabajo.

¿Cómo era el P. Mendizábal? Pues «mire usted para acá»... Y así como cada una de esas calles de Écija desembocaba en una torre, cada uno de estos artículos –tan distintos en su forma–, pretende que la mirada discurra por ellos sin detenerse demasiado en los detalles, para llegar al final, al fondo de cada uno de ellos: «transparencia de un Corazón».

Esta pequeña obra ha sido escrita por varios autores con la colaboración de otras muchas personas –que han preferido mantenerse en el anonimato–, muy diferentes entre sí, pero todas ellas unidas por el cariño en-

trañable y la gratitud debida al padre Mendizábal. Esto, ciertamente, hace que se *resienta* su forma y estilo literario. Solo pretende ser una humilde aportación, como agradecimiento por la deuda tan grande que tenemos hacia quien tanto bien nos ha hecho a cada uno con su vida y su palabra.

Así, te invito a leer cada capítulo desde el Corazón de Cristo, participando de sus actitudes, «echando a buena parte» y «salvando la proposición del prójimo».

Quiera Jesucristo que leyendo este libro, además de conocer un poco más cómo era el P. Mendizábal, viendo la obra que Dios puede hacer en un corazón dócil, nos animemos en nuestro camino de santidad, de identificación con Cristo, y cada día le digamos con más confianza: «¡Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al Tuyo!».

UN CHICO COMO TODOS... EN LOS PROYECTOS DEL CORAZÓN DE CRISTO

En este momento tengo ante mis ojos una fotografía muy antigua. En concreto, es del año 1938, y la forma un grupo muy numeroso de colegiales, normalmente bulliciosos, que ahora posa formal para la foto de fin de curso. Son alumnos del Colegio Apostólico que los Jesuitas tienen en Javier (Navarra), junto al Castillo que fue la cuna del gran santo, apóstol misionero de las Indias, san Francisco Javier.

En una esquina de la foto, descubro a un chico de unos once o doce años, un rubiales despeinado que abraza con pasión su balón de reglamento, del que sin duda es poseedor por ser el mejor del equipo, campeón indiscutible de estos traviesos aficionados. Se llama Luis M^a, y es el noveno retoño de la familia Mendizábal-Ostolaza, natural de Bergara (Guipúzcoa).

Con la misma pasión con que abraza su balón de reglamento, abrazará pocos años más tarde el ideal de los hijos de san Ignacio de Loyola, y con 15 años y 3 meses, vestirá la flamante sotana de novicio, al igual que sus hermanos mayores, José M^a y Miguel M^a. Y en sus ojos brillará otro fuego superior, un ideal más alto que ser campeón de fútbol.

Insinuó alguna vez que, hacia los dieciséis años, recibió una gracia del Corazón de Jesús; a partir de entonces comienza su «carrera» de apóstol del Corazón de Cristo. No hacía muchas referencias a ello, cediendo

su protagonismo para hacer brillar más la bondad de Aquel que le había escogido.

En cambio, sí nos dejó constancia escrita de la experiencia vivida al ver un documental, cuando siendo maestrillo, le pedía al Señor luz para encontrar un camino, un modo de comunicar a los demás ese tesoro tan grande que él había descubierto en el Corazón del Redentor.

Desde el día en que este joven jesuita entró en la sala de proyecciones de un colegio y vio unas manos intervenir en un corazón, una operación a corazón abierto, comenzó una *revolución* que fue arrasando por donde pasaba. Y por donde pasó, dejó un oasis de vida.

Ese «big-bang» espiritual aún sigue en expansión, y en él queremos introducirte a ti, amigo lector.

Este que tienes en tus manos, es un libro más, de los muchos que han pasado por tus manos. Ni siquiera es el mejor, pero es un corazón que se te abre, a través de otros corazones que le han conocido y le han tratado. Tal vez descubras que en él se te abre además un Corazón mucho más grande, un Corazón herido, que un día dejó de latir en el Calvario y ahora sigue latiendo vivo, con un latido sereno e imperturbable, en la Eucaristía.

Dedicado a ti, querido lector. Si aún no has descubierto del todo el sentido de tu vida, aquí te presentamos a un amigo, que desde el Cielo te puede ayudar a encontrar las fuentes de la Vida. Quizás empieces, como él, a soñar solo con lo que Jesús sueña: los proyectos de su Corazón.

Son palabras tuyas: «Es verdad y es eterno: a nosotros en el cielo nos toca como herencia su Corazón».

AMOR A JESUCRISTO

El amor a Jesucristo ha dado a toda la vida del padre Luis M^a Mendizábal una unidad, con un solo enfoque, con una sola preocupación, con un solo centro, con un solo origen y una sola meta. La vida del padre ha sido rectilínea. Un día se clavó en Jesucristo y ya nunca se separó de Él.

*¡¡Qué feliz se hace la vida
cuando uno ama a Jesucristo
y siente que Jesucristo le ama!!*

Si tuviéramos que elegir dos palabras que encerraran en sí la riqueza del padre Mendizábal, sin duda una sería AMOR y la otra JESUCRISTO. Porque toda su existencia, su sacerdocio, su fidelidad, su alegría, su misericordia... todo ha tenido una sola clave: el amor a Jesucristo. *Jesucristo amado, Jesucristo vivido, Jesucristo predicado.* ¿Cómo hablar de él sin referirnos a su amor a Jesucristo? ¿Cómo hablar de sus virtudes sin enraizarlas en este Amor?

En una ocasión, un sacerdote le manifestó su afición por lecturas de temas históricos y políticos, y le preguntó su parecer sobre el asunto y si le parecía bien que le dedicase parte de su tiempo a estos menesteres. El padre le contestó: «Yo, la verdad, solo he tenido una afición en mi vida: Jesucristo».

Y ciertamente podemos decir que la ocupación constante del padre ha sido siempre Jesucristo: en él y en las almas.

Como los brazos de la cruz forman una sola unidad, en el padre Mendizábal la dimensión vertical de su amor indiviso a Jesucristo estaba íntimamente vinculada a una dimensión horizontal con la que su corazón se ensanchaba universalmente a todos los hombres, haciendo de cada uno su prójimo predilecto.

Ojalá que esta lectura nos acerque al corazón del padre Mendizábal, y como experimentábamos cuando convivía con nosotros en la tierra, la amistad con él nos encienda y enardezca en el amor de Jesucristo.

A través del ojo de la cerradura

Es difícil querer adentrarnos en su vida interior, en el amor a Jesús vivido en el fondo de su alma.

Nunca pudimos hacer que nos contase nada acerca de su relación con el Corazón de Cristo. Solo veíamos que se había dado y desgastado por Él.

Su vida diaria, iluminada por la fe, suponía una vida de contemplación y participación en el misterio de Dios.

El mundo celeste era *su casa*. Tan real y cercana como su trato con nosotros, era su familiaridad con las tres Personas divinas, con la Virgen o con los santos.

Como buen jesuita y hombre de espíritu, pasaba por la fragua de la oración y de la Eucaristía todos sus proyectos apostólicos o teológicos, buscando siempre con docilidad la confirmación divina y la complacencia del Señor. Amaba lo que Jesús quería. En el padre se daba una conformidad de la mente con la mente de Cristo y una conformidad del corazón con el Corazón de Cristo.

En sus circunstancias concretas se movía por las cumbres maravillosas de la conversación con Dios. Y lo que él vivía nos lo daba a participar con sencillez a nosotros, pobres incipientes.

Por eso barruntamos, aunque deficientemente y solo tras los velos de una extremada reserva personal, el misterio de su vida interior y de su diálogo íntimo con el Señor. Quedamos como a la puerta de sus habitaciones interiores.

Ojalá se nos permitiera observar, como por el ojo de una cerradura, la vivencia misma del padre, sus experiencias originales e íntimas, sus diálogos con Dios Padre, su amistad con Jesucristo vivo... pero eso ha quedado encerrado en el arca de sus secretos.

En una plática dirigida a unas jóvenes religiosas nos desvela un poco la punta del iceberg de aquella intimidad. Decía así:

«Hemos quedado en que veníamos a hablar sobre Jesucristo y realmente hay que reconocer que el tema es el mejor que se puede ofrecer. Siempre le gusta a un sacerdote que le pidan que hable de Jesucristo, porque es algo así como que le pidan hablar de su especialidad; pero no especialidad científica, sino de lo que él es. Porque el sacerdote es otro Cristo, tiene que tener la mirada fija en Jesucristo, Jesucristo tiene que ser su vida y no tiene

que hacer más que transmitir a Cristo; por lo tanto, es como darle en el punto más céntrico. Así que el tema es atrayente, central, porque es hablar de lo que constituye el sentido de nuestra vida, y es tan verdad como aquellas proposiciones sin las cuales no puede permanecer en pie nuestra existencia»².

El Jesucristo al que amaba

Pero, ¿quién es este Jesucristo en el que el P. Mendizábal polarizó su existencia de la manera más exclusiva?

Pues este Jesucristo es el Jesucristo vivo de Corazón palpitante, el mismo que nació en Belén, que vivió en Nazaret, que predicó por los caminos de Galilea, el mismo que se inmoló por amor en el Calvario, nos dio a su Madre y fue traspasado por una lanza; el mismo que resucitó y está presente en la Eucaristía; el mismo que está cerca de cada hombre y lo ama ahora con corazón humano, que da continuamente el Espíritu Santo; el mismo que lleva adelante la redención del mundo, es sensible a nuestra respuesta y nos introduce a cada uno en el drama de su amor.

Este Jesús vivo, revelador del Padre, que no es tan solo pura realidad histórica pasada, sino Amigo de verdad, es el que ha vertebrado toda su vida desde los albores familiares hasta el *consumatum est* a sus 92 años.

Esta es la clave de su obediencia victimal, de su sacerdocio, de su ofrenda en el dolor. Este Jesús de Corazón abierto ha sido su único punto de mira, su único

² *Charla a Teresianas*, colegio Jesús-Maestro, Madrid.

principio y fundamento, su único programa de apostolado. Con Él en los labios y en el corazón ha incendiado en su amor a cuantos ha encontrado en su camino.

El P. Mendizábal fue un hombre enamorado, apasionado de amor a «Jesús», como a él le gustaba llamarle. Por eso, todo su empeño fue dárnoslo a conocer, para que conociéndole profundamente le amásemos siempre más y fuésemos así instrumentos de su amor y transparencia de su Corazón.

Estudiaba, investigaba, hojeaba, espigaba incansablemente sus insondables riquezas. Lo contemplaba obstinadamente hasta sabérselo de memoria, mejor aún, hasta parecerse a Él, hasta ser absorbido en Él³.

Con qué delicadeza trataba de acercarnos a la Persona adorable de Jesús. Unas veces nos leía textos preciosos de los santos Padres, de Juan XXIII, Pablo VI o Benedicto XVI; otras veces, con qué devoción nos encendía en el fuego de san Ignacio y los primeros jesuitas; alguna que otra vez compartía con nosotros, cantos que a él le habían enfervorizado, alguno traducido de otro idioma por él mismo.

Un día nos enseñó el Padrenuestro en arameo para que pudiéramos rezarlo como Jesús; incluso se preocupó de que un judío se lo grabara en cinta para que lo escucháramos con las mismas cadencias con que Jesús se dirigía a su Padre:

*«Abuná di bishemaiá
Itqaddásh shemak,
Teté malkuták....».*

³ Cf. *Testamento Espiritual* de G. LONGHAYE, S.J. al H. LÉONCE DE GRANDMAISON al fin del juniorado, 9/09/1890).

Con frecuencia ponía a los santos como modelos admirables de amor grande a Jesucristo. Y a la Virgen la presentaba siempre como Madre y Custodia de ese amor.

En sus charlas o meditaciones hacía suyas las palabras de grandes amantes de Jesucristo. Del famoso *Testamento espiritual* del P. Longhaye a Leoncio Grandmaison sacamos este significativo extracto:

«Mi deseo supremo: Ame usted a Jesucristo hasta el último instante de su vida. Vaya apasionándose cada día más por su persona adorable. Que Él sea por siempre el centro del pensamiento y del conocimiento de usted; el término práctico de sus estudios, sean los que sean: haga de Él el objeto moralmente único, el argumento soberano, el arma triunfante de su apostolado. Sea, si a Dios le place y solo por su gloria, muy afamado como profesor, predicador, escritor, misionero o lo que sea; pero, desconocido o célebre, ocupado en los más altos o humildes ministerios, que cuantos le rodeen vean en usted al hombre lleno y poseído de Jesucristo, al hombre que a propósito y fuera de propósito, si fuera posible, hable siempre de Jesucristo y hable de la abundancia del corazón. (...)

Jesucristo meditado, Jesucristo conocido, Jesucristo amado con una pasión siempre creciente y coherente consigo misma. Sea esta la última palabra de mi testamento, palabra grave, ardiente y dulce, como la recomendación de un moribundo»⁴.

¿No podemos acaso aplicar estas palabras al P. Mendizábal? ¿Acaso no es esto lo que en él hemos

⁴ *Testamento Espiritual* de G. LONGHAYE, S.J. al H. LÉONCE DE GRANDMAISON al fin del juniorado, 9/09/1890.

visto? ¿Acaso el padre no ha ido derramando en nosotros gota a gota un único testamento espiritual cuyo núcleo es Jesucristo?

El padre no sabía hablar de Jesucristo sin expresarse a sí mismo, ni hablar de sí sin que Jesucristo tuviera parte. Decía en una ocasión:

«Jesucristo constituye interiormente mi ser. Es parte mía y yo no me puedo expresar del todo en lo que soy, sinceramente, sin hablar de Jesucristo; y al revés, no puedo expresar a Jesucristo sin expresarme a mí de alguna manera, porque el Jesucristo que yo tengo que transmitir no es puro objeto de estudio, sino mi Amigo íntimo»⁵.

En el Corazón de Cristo

La alianza de corazones que se estableció desde bien pronto, se fue estrechando cada vez más, hasta el punto de poder decir que el padre vivía EN el Corazón de Cristo, y ahí nos invitaba a vivir a todos.

Contaba él mismo que creía que la vocación la había tenido desde siempre. Algunos escritos de su etapa de formación nos dejan ver a un jesuita enamorado de la Persona de Cristo. Ese joven, tocado por una gracia singular del conocimiento del Corazón de Cristo, buscaba las maneras de explicar este Misterio. No se podía callar aquello que ardía cada vez con más fuerza en su interior.

El P. Mendizábal, como san Juan en la Última Cena, había reclinado respetuosamente su cabeza en el pecho de Jesús, había percibido los latidos de su Corazón,

⁵ *Charla a Teresianas*, Madrid.

y entendido, desde esa intimidad, ese amor grande de Dios que no era correspondido, que no era amado.

Él, con un amor profundo y sereno, reparaba amando las frialdades y rechazos, las traiciones y pecados de sus hermanos, los hombres.

Impartía unos Ejercicios y una noche, un ejercitante, al entrar en la capilla vio al padre en oración con los brazos en cruz y muy recogido. Se sintió sobrecogido. Quiso respetar ese momento creyendo estar pisando terreno sagrado, volvió sobre sus pasos y se retiró.

Quizá en esa noche, como en otras tantas, por su vivencia mediadora, recogía en su corazón sentimientos tan opuestos como la infinitud del Amor de Dios y las debilidades humanas.

Vivía en primera persona lo que era el pecado y la ofensa al Corazón de Cristo y compadecía íntimamente con Él. En el corazón sacerdotal del padre Mendizábal confluía, junto al río de nuestras miserias, que él asumía, un torrente más grande: la misericordia entrañable hacia el pecador.

«*Caritas Christi urget nos*» (2 Cor 5,14). El amor del Corazón de Cristo le urgía, le impulsaba a comunicarlo...

El misterio redentor configuraba toda su vida. En la Pasión, el P. Mendizábal contemplaba y hacía contemplar la revelación suprema del amor extremo de Dios por el hombre. No era una contemplación sin más, sino que asociaba su vida entera al drama del amor loco de Dios, compadeciendo con Jesucristo y bebiendo de los torrentes de su costado... el caudal que luego vertía en todos hasta lograr arrebatarnos al amor del Crucificado. El padre entendía que la cruz es la cumbre del Cantar de los Cantares, la mayor y más alta declaración de amor.

El *por ti* que resuena en el Calvario le hacía exclamar con una verdad profunda aquellas palabras de Ángela de Foligno: «Yo no te he amado de broma».

La vivencia del Misterio Pascual, evidentemente, pero también cada viernes, y sobre todo los Primeros Viernes, no le pasaban desapercibidos. Los vivía como *días del Amor*, como él solía decir. Aprovechaba todos los momentos libres que le dejaba la tarea apostólica para acompañar al Señor, para amar al Amor no amado.

He aquí un testimonio de una Semana Santa:

«Tenía 88 u 89 años. Las retenciones de tráfico le hicieron llegar más tarde de lo previsto y cansado, pero nada más llegar celebró con mucha unción los Oficios del Jueves Santo. Al llevarle la cena le invitamos a que esa noche descansara. Él nos miró y nos dijo: “Vamos a ver, es la noche de su Pasión, de su agonía, ¡velad y orad para no caer en la tentación!” Seguíamos animándole al descanso, pues verdaderamente se veía que lo necesitaba; pero él no dejaba de mirarnos con una mirada que penetraba hasta el corazón y hacía entender que su vida era para entregarla.

Pasamos la noche ante el Monumento. Y hacia las cuatro de la madrugada el padre entró en la capilla y ya no volvió a acostarse.

A la mañana, al llevarle algo de desayuno comentó: “Hoy es Viernes Santo, día de unirse al Papa, de vivir paso a paso la liturgia; hoy es un día muy grande en el que hay que borrar del corazón todo lo que no sea del Señor. ¿Descansar? ¡Cuando me muera tendré tiempo de descansar! Pero hoy, en la medida en que el Señor me ayude... ¡lo que podamos haremos! Hoy es día de vivir en el Calvario con el Señor, aunque sea sin sentimientos y emociones.

El Señor en la Cruz no sentía sino sed y dolor". Nos dejaba sin palabras, ante la profundidad con que vivía el misterio».

Y si el amor le llevaba a padecer con Cristo, el amor le llevaba a gozarse del gozo del Señor (cf. EE 203 y 221). En las meditaciones sobre la Resurrección se pide la gracia de gozarse con Cristo porque al que amamos, le ha ido bien. ¡Cómo nos sumergía también a nosotros en esta alegría del Resucitado!

Y nosotros, que hemos visto y tocado de cerca esta relación íntima del padre con Jesucristo, podemos decir algo parecido a lo que decían aquellos de Emaús: «¿No ardía nuestro corazón cuando el padre nos hablaba? ¿No sentíamos fuego en el corazón?».

Veámos que esta sintonía con el Señor no le venía tan solo de su propia respuesta humana, sino de su inmersión en Él, de vivir *en* su Corazón. Podía «consentir» con nuestras pobreza y sufrimientos porque «con-sentía» con la bondad y misericordia de Dios.

De aquí la cordialidad amplia, paciente. No se cansaba, nada pedía para sí, nunca creía dar bastante, no buscando las cosas de los hombres, sino sus almas para Cristo.

«El padre Mendizábal se ha sabido centrar, como todos deseáramos centrarnos, en el Corazón del Señor. Ha sabido sintonizar y se ha dejado agarrar. En él veíamos una persona enamorada del Señor. ¡Ver un amor tan acabado impresionaba mucho! Supo entender al Señor, hasta el punto de saber iluminarnos a los demás».

Una vida de unión con el Señor

Como vamos comprobando, en la existencia del P. Mendizábal no existía separación entre su vida de fe y su vida real, entre su oración y su apostolado, entre su recogimiento y su alegría, entre la muerte de sí y la vida que florecía a su alrededor. Solo un *motor* le mantuvo en marcha, en esta unidad, hasta el final: el amor a Jesucristo era su fuerza, su consuelo, su alegría y su potencia. El mismo Jesús del Sagrario con el que pasaba largos ratos en soledad, al que brindaba todo el triunfo de su apostolado. De Él partía a su misión diaria y a Él volvía. En su trabajo apostólico procuraba tener el corazón en *adoración espiritual* de la Eucaristía.

A veces hacía notar cómo, después de las grandes concentraciones de fieles o después de solemnes celebraciones, cuando la gente se iba y las luces de los templos se apagaban, ahí, alumbrado por una lamparilla, quedaba el *Jesús solo* del Sagrario, acompañado quizá por este sacerdote que, siendo de todos, no era de nadie porque era de Dios. Rodeado de tanto afecto y aprecio, sabía peregrinar por este mundo como ciudadano del Cielo con la mirada fija solo en Jesús.

La Eucaristía era su vida. Antes de las cinco y media de la mañana ya había luz en su cuarto. El hombre de Dios, con salud o enfermedad, con frío o con sueño, se levantaba para ofrecer Cristo al Padre y ofrecerse con Cristo al Padre en las primicias del día.

La Santa Misa vivida de veras era el centro de su día. Una acción de gracias prolongada, el Oficio Divino, rezado con fuerza y devoción, a veces en voz alta aunque estuviera solo, dirigiéndose al Señor con respeto, amor y cariño, y su oración personal ante el Sagrario, nutrían su vida espiritual ya en las primeras horas de la jornada.

La contemplación sabrosa de los Misterios de Cristo, el aprecio de la Palabra de Dios y del Magisterio, su constancia en estudiar a Jesucristo hasta *aprendérselo de memoria*, o el desgranar suavemente las cuentas de su Rosario, daban al padre un tono arrodillado que se prolongaba en él las 24 horas del día, ante el misterio de Dios.

Siempre al ritmo de la Liturgia. Solía decirnos al comenzar algún tiempo fuerte:

«La Iglesia, con su Liturgia, nos da el alimento espiritual que necesitamos en cada momento. No somos nosotros más sabios que ella».

Cuenta un sacerdote que fue a la Residencia de los jesuitas de Alcalá para una reunión: al finalizar, antes de marcharse pasó por la Capilla; y en la penumbra, encontró al padre que estaba allí sentado, con sus brazos cruzados y muy recogido. Mientras otros descansaban, él estaba allí junto al Sagrario. El padre le miró, le sonrió y le dijo que había bajado a estar con Jesús. El sacerdote salió impresionado, diciéndose para sí: «¡Estaba con Jesús! ¡Cómo se notaba que estaba con Jesús!».

Esto es lo que podemos decir nosotros. Quizá no podemos entrar en el secreto de sus coloquios con Dios, pero sí podemos decir que en todos sus rasgos, en todas las circunstancias de su vida ¡se notaba que estaba con Jesús!

¡Y cuántas veces el Nombre de Jesús en sus labios!

«Pronuncia, nos decía, con frecuencia y con atrevimiento su Nombre propio: ¡Jesucristo! Pronúncialo muchas veces, acostumbrando a los oídos a escuchar y a los labios a pronunciar el Nombre amable de JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR».

Era el padre una persona habituada al trato con Dios. Era un hombre guiado por el Espíritu, regido por aquel Rey eterno al que rindió sus armas y sus banderas. El ideal de su comportamiento sobrenatural no partía de un estoicismo voluntarista, sino más bien de su perfecta integración afectiva. En él, incluso lo profano, era espiritualizado.

Vivía recogido y silencioso. También esa alegría y buen humor suyos, ese trato cordialísimo y abierto con cada uno, era resultado de su vida centrada en Jesucristo.

Nos repetía que el termómetro del amor a Dios no hay que ponerlo en un momento aislado de fervor o de oración, sino en la vida diaria. Aplicando este criterio, comprobamos que su termómetro estaba «al rojo vivo». Por eso el solo estar con él nos «quemaba de amor» a Jesucristo y su compañía elevaba a ese amor nuestros corazones.

Desarrollaba y reflejaba ante nosotros la imagen cercana del Dios vivo. En sus conversaciones se le veía como saboreando las cosas de arriba, *buscando los bienes de arriba, no los de la tierra*. (cf. Col 3,1-2).

Levantar habitualmente los ojos y el corazón al cielo en medio de sus ocupaciones, hacía que mirase la realidad como con los ojos de Dios, e iluminado con esa luz divina, lo enjuiciaba con el juicio amoroso de Dios.

Vivía su vida con una conciencia sencillamente limpia, con un corazón bueno, lleno de Dios, sabiéndose siempre ante una Persona viva, Jesucristo. Una Persona con la cual confrontaba sus cosas, a la que exponía sus dificultades; una Persona a la que seguía paso a paso y que le hacía ir intrépidamente adelante, seguro en Él; incluso en la oscuridad que le podía envolver en

ciertos momentos, o en la incógnita del futuro, o en la soledad y el dolor... Vivía así porque se sentía envuelto por el amor del Señor.

Cuando llegaba la noche ponía especial cuidado en custodiar ese momento por él llamado *de gran intimidad*. Jesucristo era su descanso, su hogar. Invitaba a estar familiarmente con Él, leer, hacer examen de conciencia, a acostarse con el pensamiento en Jesucristo, abrazar el crucifijo... Decía que la noche venía a ser como nuestro retiro diario:

«Si vives la noche te levantarás para Él, vivirás mejor en ambiente de oración y eso te hará estar más en serenidad e intimidad con el Señor».

¡Qué fervor nos daba cuando, después de habernos reído a carcajadas con él en alguna sobremesa nocturna, lo veíamos recogerse y entrar en silencio en su habitación!, ¡o cuando coincidíamos con él de madrugada en la capilla, mientras todos aún dormían!

El amor al Evangelio

El amor al Evangelio es otro punto importante que hemos de considerar en la vida del padre Luis M^a Mendizábal. Digamos que ha formado parte de sí. Nos insistía frecuentemente en la lectura del Evangelio, diciéndonos: «Es lo mejor que se ha escrito de Jesucristo». Se notaba que él lo meditaba. ¡Se lo sabía de memoria!, ¡y en latín!

Sus comentarios sobre *los Misterios de Cristo* —como a él le gustaba llamar a la vida de Jesús—, nos hacían entrar en lo íntimo del Corazón del Señor. La vida de Jesús *contada* por el padre era para nosotros como un hermoso tapiz con infinitos colores.

Decía: «La almohada donde descansa todo consagrado ha de ser el Evangelio. Y si alguna vez se cabecea en la oración, que sea como un reclinar la cabeza sobre el Evangelio que se tiene entre las manos».

Fue su alimento durante toda su vida. Leía el Evangelio y lo escudriñaba sin cesar. El Nuevo Testamento, en su edición trilingüe, sobre la mesa de trabajo. Hasta el final de sus días lo leía en castellano, latín y griego, estudiando, confrontando, para captar más matices de la persona de Jesucristo, del Corazón de Cristo que en ellos se nos revela. En sus páginas encontraba a Jesús vivo presente en su vida, al que amaba con pasión. Nos invitaba a gustar del Evangelio, a saborearlo, a dedicar tiempo a su lectura y meditación:

«Buscando al Señor, muchas veces ayuda la lectura seguida del Evangelio para lograr una visión de conjunto, y luego una lectura lenta para rumiar. El Señor se va descubriendo poco a poco, al tiempo que le contemplamos».

En el Evangelio contemplaba la vida terrena de Jesús no como algo distinto o ajeno al Cristo actual del que estaba enamorado. Por eso podemos figurarnos ¡qué eran para él los misterios de la Humanidad de Cristo! Vea en ese Hombre-Dios revelada su bondad, su amor, sus actitudes interiores, que no eran meras normas de vida para él, sino la manifestación de lo íntimo de Dios, de ese Jesucristo al que él estaba llamado a seguir muy de cerca en su Compañía.

«El Jesucristo que me ama a mí ahora, decía, es el que se me manifiesta en esos hechos históricos del Evangelio, por los cuales me hace comprender lo que Él es, lo que Él ama... porque el amor, el poder, la bondad, la misericordia, ¡son eternos en Jesucristo!».

Pero entre todos, el Evangelio de san Juan fue su predilecto. Siguiendo a Orígenes, decía que «las primicias de la Sagrada Escritura son los Evangelios; y las primicias de los Evangelios, el Evangelio escrito por Juan, cuyo sentido nadie podrá entender si no ha descansado sobre el pecho de Jesús, como Juan, y ha recibido de sus labios a María como Madre suya». No es aventurado afirmar que el padre Mendizábal, como el «*epistethios*»⁶, entró en el Corazón de Cristo y acogió a María entre lo suyo, como el discípulo amado.

A la luz del Evangelio, nos mostraba un Jesús fascinante: el Hombre Cristo-Jesús, Hijo de Dios, Hijo de María, tan Hombre y tan Dios, tan igual y tan distinto. A través de pasajes como la Samaritana, Nicodemo, Zaqueo, el joven rico y tantos otros... hacía que nos introduyésemos en la escena como protagonistas, desde la verdad profunda de nuestra historia personal, cuerpo a cuerpo, corazón a corazón, frente a un Jesucristo vivo que entraba en nuestra vida elevándola a su amor.

Irradiando...

El amor que el padre profesaba a Jesucristo no era, como estamos viendo, un amor intimista. Él, porque era muy de Jesús, podía ser muy de los hombres. «Si no amas al prójimo a quien ves, ¿cómo vas a amar a Dios a quien no ves?» (cf. 1 Jn 4,20).

Cuando le pedíamos consejo para cuidar la oración, cuántas veces nos decía: «Sed buenas con los

⁶ Del griego «*epi stethos*» que significa «sobre el pecho». San Juan es denominado así en los primeros siglos en la Iglesia, el «*epistethos*», es decir, el que descansó en el pecho de Jesús en la última Cena.

demás». –Pero Padre, le insistíamos, lo que te pedimos es un consejo para la oración... «Pues eso, querer a los demás. No esperéis tener una oración elevada si no sois buenas siempre y con todos». Es algo que el padre cada vez tenía más claro y nos repetía con insistencia.

No divagaba en teorías abstractas, sino que nos hacía *atterizar* en la vida diaria. Como decía Consumata: «Mi público es Dios». Eso era lo importante. De ahí su constante consejo de «hacer las cosas como hechas directamente para el Señor», de poner delicadeza y amor en nuestras expresiones, gestos y palabras.

Solía insistir en que no teníamos otra cosa que hacer que amar a Jesucristo de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. «No tenemos tiempo suficiente para profundizar en Jesucristo..., ¡como para ocuparnos en otras cosas!». Esto no significaba dedicarse solo a la contemplación. Lo que quería enseñarnos era a hacer todo, en toda circunstancia, por amor al Señor: me levanto para amar al Señor, trabajo para amar al Señor, descanso por amor a Jesucristo... todo desde el amor y para crecer en ese amor.

Sí, podemos decir que el padre estaba «divinamente obsesionado» por Jesucristo.

«Creo que no hubo Profesión religiosa en la que, en la homilía el padre no dijera: Este no es el término, sino la entrada en la *universidad del amor*».

También cuando hablaba a los novios el día de su boda, les invitaba a dejarse agarrar y transformar por ese amor. Y proponía *los tres grandes del amor* como la llave que abre las puertas del corazón al amor verdadero entre nosotros: GRACIAS, POR FAVOR, PERDÓN. Solo así, rompiendo con el egoísmo, saliendo de sí mismo y entregándose de veras *con el corazón fuera*, alcanzaríamos la tan deseada civilización del amor.

¿Posible? ¡Imposible si no dejamos que Jesucristo transforme nuestro corazón!

«Nuestra vida cristiana debe ser una participación de las actitudes de Cristo, a través de lo que llamamos “imitación de Cristo”, imitación interior de sus actitudes.

Esta imitación lleva consigo el enardecimiento en el amor de Cristo, y en ese enardecimiento, un deseo de ser instrumento de Cristo, un deseo de ser modelados por Él, de ser otros cristos».

Estos consejos y orientaciones convencían porque veíamos cómo él había llegado a esa transformación e identificación con el Corazón de Cristo.

Su palabra nos ayudaba y el ejemplo de su vida nos arrastraba. Todo el que trataba con él aprendía la asignatura del amor. Viéndole, aprendíamos la delicada lección de que nuestra cara, nuestra mirada, nuestra sonrisa y nuestras acciones deben ser reflejo del amor a Jesucristo. «Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor». «¡Pero ponlo! Aunque no encuentres amor, empieza tú primero a amar, a sonreír y... ¡verás!».

¿De dónde sacaba esa fuerza, esa paciencia, esa confianza ilimitada, esa bondad tan atrayente para todos los que se acercaban a él? Del amor a Jesucristo que le consumía y le sostenía internamente. Este era su secreto.

Su entrega que, cuanto mayor se hacía, más heroica y elocuente nos parecía, habría sido imposible sin ese amor fuerte a Jesucristo que le impulsaba.

Sus conversaciones, de lo más agradables y variadas, porque era un gran conversador, estaban salpicadas de criterios de santidad, de criterios impregnados de amor a Jesucristo y búsqueda de su agrado.

Todo lo que llevaba a amar más al Señor solía bendecirlo con gozo; por el contrario, lo que estorbaba para ello lo señalaba y animaba a cortarlo con decisión radical.

En la dirección de almas iba por este mismo camino.

«En todo trabajo de educación lentamente realizado, la sustancia debe ser siempre el amor a Jesucristo»⁷.

En una ocasión le preguntaron: «Padre, como examen particular, ¿qué le parece que cuide?». El Padre, echándose hacia atrás y abriendo los brazos como queriendo indicar la cosa más evidente le dijo con tono enérgico: «¿Como examen particular...? ¡Jesucristo!».

«De las entrevistas salíamos enardecidos, encendidos, alentados, recogidos... con deseos de entregarnos más a Jesucristo, de enamorarnos más de Él, de ser buenos...».

¡Cuánto dice este testimonio! ¡Qué bien conducía el padre nuestras almas!

«Recuerdo –nos dice otra persona–, cómo todas las entrevistas con él estuvieron envueltas en ese amor a Jesucristo, procurando siempre, a través de toda circunstancia, desarrollar en mí ese amor».

Y un testimonio más:

«De aquellas entrevistas siempre salía descen-
trada de mí y más centrada en Él, con un corazón a rebosar de gozo y con unas ganas enormes de corresponder al amor loco del Señor».

Aún siguen resonando aquellos consejos que tanto bien nos hicieron y que tanto bien nos siguen haciendo:

⁷ *Dirección Espiritual* (BAC, Madrid 2018) 113.

- ¡Levanta la mirada al Señor!
- Ama sin límites a Jesucristo.
- En todo y sobre todo Jesucristo.
- Cuenta siempre con el Señor, Él no te dejará nunca.
- Déjate agarrar por Él.
- Vive el presente amando a Jesucristo.
- Dile mucho que le quieres.
- Tu camino es amar al Señor.
- Lo que no te ayude a querer más al Señor, ¡fuera!
- Jesús, Amor mío, yo todo tuyo, tú todo mío.
- No antepongas nada al amor de Jesucristo.
- Solo Jesús.

Nos llevaba a amar al Señor, y no menos insistía en dejarnos amar por Él. Dejar que el amor de Dios envuelva nuestro corazón para poder devolernos en amor. Cuántas veces nos decía: «Déjate amar por el Señor. Aguanta su mirada de amor sobre ti, porque si tú amas mucho al Señor, mucho más te quiere Él a ti».

Destacaba también su ardiente celo por que las religiosas, esposas de Jesucristo, le conocieran y le amaran con un amor total y exclusivo, con corazón indiviso, y se entregaran a Él «apasionadamente amado». Sus explicaciones sobre los documentos del Vaticano II, iban por esta línea. En aquel momento histórico supo ser valiente y *jugarse la pelleja* (como él dijo alguna vez) animando a entrar por un camino exigente de santidad y amor ardiente y esponsal a Jesucristo. Una vez más, predicaba lo que él mismo trataba de vivir.

Tenemos el testimonio de dos religiosas que, inmensamente agradecidas dicen:

«Puedo decir con verdad que el amor que tengo a Jesucristo me lo ha infundido y enseñado el P. Mendizábal, lo he recibido y aprendido de él».

«Él me salvó la vocación. En un momento de oscuridad –dada una circunstancia familiar–, este padre vino por primera vez a nuestra Casa a impartirnos los Ejercicios. Sentí una fuerza interior que me impulsaba a contarle todo. Una frase suya me sanó radicalmente y es la que todavía, desde el 2001, me sostiene: “Ama mucho a Jesucristo, cuenta con que Él nunca se olvida de su esposa”».

Y el mismo ardor hacia los sacerdotes. A todo sacerdote que hablaba con él le quedaba bien clara una cosa: que a Jesucristo hay que ponerlo en el centro de la vida, que todo ha de girar en torno a Él y que lo más importante es cuidar ese amor, la vida de intimidad y la soledad afectiva, para poder ser de veras un encendido apóstol y pastor según su Corazón.

Para todo consagrado, y con certeza también para él, ponía un acento especial en que «debe hacerse una verdadera opción por Cristo ¡mi herencia!, como verdadero tesoro del corazón. Cristo que le ama y de tal manera le llama, que le hace experimentar que solo Cristo es su descanso».

Del mismo modo ha introducido a innumerables jóvenes y familias en la escuela del amor a Jesucristo, vivificando la gracia de su bautismo con el ofrecimiento de la vida. ¡Cuántos se han enamorado del Señor y lo han colocado en el núcleo central de sus vidas, viviendo una amistad verdadera con Él y un deseo de santidad auténtica!

«El P. Mendizábal nos ha orientado siempre hacia la amistad con Jesucristo vivo de Corazón palpitante.

Por eso, tenemos claro que Él fue el centro de nuestro noviazgo y ahora es el centro de nuestra familia».

«Desde adolescente iba a todas las cosas donde el padre iba, pues me hablaba de un Jesús que llenaba mi corazón».

Realmente, la vida del padre era una escuela de mirar al cielo. Diríamos que ha sido, por su parte, un esfuerzo continuo por elevar nuestra inclinación a lo terreno, para que levantásemos a lo alto nuestras miradas e intenciones.

Cuando estábamos con él en encuentros o reuniones, no sabíamos qué pasaba pero salíamos más hermanos, más unidos. La razón era que, con él, todos teníamos una mirada común, cordial. De mirar al cielo, nuestros corazones se enternecían y se aunaban como en un abrazo común. Nos hacía gustar «cuán amable es convivir los hermanos unidos» (Sal 133,1).

El examen del amor

Quien haya llegado hasta aquí en la lectura, estará de acuerdo en que la vida del padre Mendizábal podemos calificarla con un sobresaliente en *el examen del amor*.

Ese examen que comenzó cuando el Señor lo llamó, como a Pedro, y pronunciando su nombre le preguntó: «¿Me amas más que estos?» (Jn 21,15s). Y él, con la generosidad entusiasta del corazón joven que siempre conservará, le contestó: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. Tú sabes que mi vida no tiene más sentido que amarte...». Entonces Jesús le pidió: «Apacienta mis corderos, da la vida por ellos, y en ellos, entrégate a Mí».

Y así, *otro le ató* y le fue llevando por el camino de la obediencia. Él se dejó atar y llevar, a la manera de Pablo, *encadenado por el Espíritu* (cf. Ef 3,1), subyugado por el amor. De esta manera iba respondiendo día a día, a través de cada circunstancia, a este examen del amor. A través de los distintos cambios de ruta se iba forjando su itinerario espiritual, marcado siempre por un creciente enamoramiento de Jesucristo, hasta que fue llegando poco a poco al final de su carrera.

«Sí, ya va uno para viejo, ya uno no tiene lo mejor de su vida, y lo único que consuela un poco es que *lo mejor de mi vida ha sido para Cristo*; eso es lo que nadie me puede quitar ya. Quizá lo podía haber hecho mejor, pero de todas maneras el Señor es bueno y me conoce. Es un caballero y sabe que todo lo he hecho por Él».

Por eso, en el día de su entrega definitiva y total el 18 de enero de 2018, ya de ninguna manera revocable, después de haber buscado durante toda su vida con diligencia cada día más a ese Jesucristo, a quien miramos sin ver, a quien buscamos con insistencia en cada hora de la jornada, la muerte ha sido sencillamente para él un correr el velo que le impedía ver a Cristo. Podríamos escribir sobre su tumba: «AMÓ A JESÚS Y DIO SU VIDA POR JESÚS».

Conclusión: Cogiendo el testigo

Y ahora nosotros, sobrecogidos por la obra de la gracia en el padre Mendizábal, no podemos quedarnos como embelesados simplemente admirando todas estas maravillas. Que no se nos tenga que decir como a los Apóstoles el día de la Ascensión: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al Cielo?» (Hch 1,11).

Cojamos el testigo, la llama encendida que el padre nos pasa a cada uno, y te pasa también a ti en concreto. ¡Comienza nuestra tarea! La historia de amor a Jesucristo está abierta. «¡Galería de nobles retratos, todos originales pero todos con un mismo rasgo de familia: el amor apasionado a Jesucristo, persona viva! Y sería nuestra mayor honra el poder añadir a ella nuestro propio nombre»⁸.

*¡Qué primavera resurgiría en la Iglesia
si los cristianos estuviésemos enamorados
de Cristo de verdad!!
Padre Mendizábal, desde el cielo,
contárganos en tu amor.*

⁸ *Testamento Espiritual* de G. LONGHAYE, S.J. al H. LÉONCE DE GRANDMAISON al fin del juniorado, 9/09/1890.



LUIS M^a MENDIZÁBAL.
Transparencia de un corazón

Pablo Cervera Barranco

Seguir leyendo

16 € Comprar

